

1227.

ALFONSO V DE ARAGON CONTEMPLA, CODICIOSO DE ELLA,
LA CIUDAD DE NÁPOLES DESDE CAMPOVIEJO.(Anónimo ¹.)

Miraba de Campoviejo
El rey de Aragon un día,
Miraba la mar de España
Cómo menguaba y crecía;
Miraba naos y galeras,
Que unas van y otras venían;
Unas venían armadas,
Otras con mercadería;
Unas van la vía de Flándes,
Otras las de Lombardia.
Esas que venían de guerra
; Oh cuán bien que parecían!
Miraba la gran ciudad
Que Nápoles se decía;
Miraba los tres castillos
Que la gran ciudad tenía:
Castelnuovo y Capitana,

San Telmo, que relucía;
Aquese relumbra entre ellos
Como el sol á mediodía.
Lloraba de los sus ojos,
De la su boca decía:
—; Oh ciudad, cuánto me cuestas
Por la gran desdicha mía!
Cuéstasme duques y condes,
Hombres de muy gran valía;
Cuéstasme un tal hermano,
Que por hijo le tenía;
D'esotra parte menuda
Cuento ni par no tenía;
Cuéstasme ventidos años,
Los mejores de mi vida;
Que en tí me nacieron barbas,
Y en tí las encanecía.

(Cancionero de romances.— It. Silva de varios romances.)

¹ Es el mismo, pero mas completo que el del Cancionero de romances.SECCION DE ROMANCES REFERENTES A LA HISTORIA Y TRADICIONES
DEL CONDADO DE CATALUÑA.

1228.

EL CONDE DE BARCELONA Y LA EMPERATRIZ DE ALEMANIA.

(Anónimo ¹.)

En el tiempo que reinaba
Y en virtudes florecía
Este conde Don Ramon,
Flor de la caballería,
En Barcelona la grande,
Que por suya la tenía,
Nuevas ciertas de dolor
De un extranjero sabía,
Que allá en Alemania
Grande llanto se hacía
Por la noble Emperatriz
Que en virtud resplandecía,
Que dos malos caballeros
La acusan de alevosía
Ante el gran Emperador
Que mas que á sí la quería,
Diciendo:—Sepa tu Alteza,
Gran señor, si te placía,
Que nosotros hemos visto
A la Emperatriz un día
Holgar con su camarero,
No mirando que hacía
Traición á tí, señor,
Y á su gran genealogía.—
L'Emperador muy turbado
D'esta suerte respondía:
—Si es verdad, caballeros,
Esa tan gran villanía,
Yo haré un tal castigo
Cual conviene á la honra mía.—
Mandóla luego prender
Y en prisiones la ponía,
Hasta ser cumplido el plazo
Que la ley le disponía.
Búscanse dos caballeros
Que defiendan la su vida
Contra los acusadores,
Que en el campo se vería
La justicia cuya era,
Y á quién Dios favorecía.
Pues sabido por el Conde
La nueva tan dolorida,
Determina de partir

A librarla si podía
Con no mas de un escudero,
De quien él mucho se fia.
Andando por sus jornadas
Sin parar noche ni día,
Llegado es á las Cortes
Que el Emperador tenía
Para dar la gran sentencia
De allí al tercero día
De quemar l'Emperatriz,
; Cosa de muy gran mancilla!
Pues no había caballero
En tan gran caballería
Que por una tal señora
Quiera aventurar su vida,
Por ser los acusadores
De gran suerte y gran valía.
Pues el Conde ya llegado,
Preguntó si ser podría
Hablar con la Emperatriz
Por cosa que le cumpla.
Supo que ninguno entraba
Do estaba su Señoría,
Sino es su confesor,
Fraile de muy santa vida.
Vase el Conde para él,
D'esta suerte le decía:
—Padre, yo soy extranjero;
De lejas tierras venía
A librar, si Dios quisiese,
O morir en tal porfía,
A la gran Emperatriz
Que sin culpa yo creía;
Mas primero, si es posible,
Gran descanso me sería
Hablar con su Majestad,
Si esto hacerse podía.
—Yo daré orden, señor,
El buen fraile respondía:
Tomará vuestra merced
Hábito que yo tenía,
Y vestirse ha como fraile
Y irá en mi compañía.—
Ya se parte el buen Conde
Con el fraile que lo guía.
Llegados que fuéron dentro
En la cárcel do yacía,

ROMANCES REFERENTES A LA HISTORIA DE CATALUÑA.

Las rodillas por el suelo,
El buen Conde así decía:
—Yo soy, muy alta señora,
De España la ennoblecida,
Y de Barcelona conde,
Ciudad de gran nombradía.
Estando en la mia corte
Con solaz y alegría,
Por muy cierta nueva supe
La congoja que tenía
Vuestra real Majestad,
De lo cual yo me dolía,
Y por eso yo partí
A poner por vos la vida.—
La Emperatriz qu'esto oyera
De gozosa no cabía;
Lágrimas de los sus ojos
Por su linda faz vertía;
Tomárale por las manos,
D'esta suerte le decía:
—Bien seas venido, Conde,
Buena sea vuestra venida;
Vuestra nobleza y valor,
Vuestro esfuerzo y valentía
Ya me hacen ser muy cierta
Que mi honra librerán.
Vuestra vida está segura,
Pues que Dios bien lo sabía
Que es falsa la acusacion
Que contra mí se ponía.—
Ya se despide el buen Conde,
Ya las manos le pedía
Para haberlas de besar,
Mas ella no consentía.
Vase para su posada;
Ya qu'el plazo se cumplía,
Armado de todas armas
Bien á punto se ponía,
Y él como era muy discreto
; Oh cuán bien que parecía!
Su escudero iba con él
Bien armado, que salía
En un caballo morcillo
Muy rijoso en demasia.
Yendo por la grande plaza
Con orgullo que traía,
Encontró con un muchacho
Que de vello era mancilla,
En ver que luego murió
Sin remedio de su vida.
L'escudero qu'esto vido,
Con temor que en él había,
Comenzó luego á huir
Cuanto el caballo podía,
Y quedó el Conde solo,
No de esfuerzo y valentía.
Y como era valeroso
No dejó de hacer su vía,
Y puesto entre los jueces
Dijo que él defendería
Ser maldad y traicion,
Ser envidia y ser falsía
La acusacion que le ponen
A su alta Señoría;
Y que salgan uno á uno
Pues está sin compañía.
Estas palabras diciendo,
Ya el acusador venía
Con trompetas y atabales,
Con estruendo y gallardía.
Parten el sol los jueces,
Cada cual tomó su vía,
Arremeten los caballos,
Gran encuentro se hacía;
Del acusador la lanza
En piezas volado había
Sin herir á Don Ramon
Ni menearlo de la silla:
Don Ramon á su contrario

De tal encuentro lo hería,
Que del caballo abajo
Derribado lo había.
El Conde, que así lo vido,
Del caballo descendía;
Va para él con denuedo
Donde le quitó la vida.
El otro acusador,
Que vió tanta valentía
En l'extraño caballero,
Gran temor en sí tenía;
Y viendo que falsamente
El acusador hacía,
Demandó misericordia
Y al buen Conde se rendía.
Don Ramon con gran nobleza
D'esta suerte respondía:
—No soy parte, caballero,
Para yo daros la vida,
Pedidla á su Majestad
Que es quien dároslo podía.—
Y preguntó á los jueces
Si mas hacer se debía
Por librar la Emperatriz
De lo que se l'imponía:
Respondieron que la honra
El ganada la tenía,
Que en su libertad estaba
De hacer lo que querría.
Desque aquesto oyera el Conde,
Del palenque se salía:
Vase para su posada,
No reposa hora ni día,
Mas encima de su caballo
Desarmado se salía:
El camino de su tierra
En breve pasado había.
Tornando al Emperador,
Grande fiesta se hacía;
Sacaron la Emperatriz
Con grandísima alegría,
Con los juegos y las fiestas
La ciudad toda se hundía.
Todos iban muy galanes,
Cada cual quien mas podía.
L'Emperador muy contento
Por el vencedor pedía,
Para hacerle aquella honra
Que su bondad merecía.
Desque supo que era ido
Gran dolor en sí tenía;
A la Emperatriz pregunta
Le responda por su vida
Quién era su caballero
Que tan bien la defendía.
Respondiérale:—Señor,
Yo jurado lo tenía;
No decir quién era él
Dentro del tercero día.—
Mas despues de ser pasado
Ante muchos lo decía,
Como era el gran Conde
Flor de la caballería,
Y señor de Cataluña
Y de toda su valía.
El Emperador que lo supo
De contento no cabía
Viendo que tan gran señor
De su honra se dolía.
La Emperatriz determina,
Y el Emperador lo quería,
De partirse para España,
Y así luego se partía
Para ver su caballero
A quien tanto ella debía.
Con trescientos de á caballo
Comenzó de hacer su vía;
Dos cardenales con ella,
Por tenerle compañía;

Muchos duques, muchos condes,
Con muy gran caballería.
El buen Conde que lo supo
Gran aparato hacia,
Y cerca de Barcelona
A recibirla salía
Acompañado de grandes
De su grande Señoría;
Y una legua de camino,
Y otros mas dicen que había,
Mandó poner grandes mesas
De comer muy bastecidas.
Pues, recibida que fué
Con muy grande cortesía,
Entraron en Barcelona,
La cual estaba guarnida
De muy ricos paramentos
Y de gran tapicería.
Hacen justas y torneos
Y otras fiestas de alegría.
D'esta manera el buen Conde
A la Emperatriz servía,
Hasta que para su tierra
De tornarse fué servida.

(TIMONEDA, *Rosa gentil*.—II. *Silva de varios romances*.)

¹ No se sabe á qué conde Don Ramon de Barcelona se refiere la fábula de este romance verdaderamente caballeresco. Sin duda los catalanes quisieron tener una emperatriz protegida por sus condes, como Castilla tuvo otra que lo fué por su rey Alfonso el Sabio. La situación descrita en este romance se halla también en otros históricos ó caballerescos.

ROMANCES DEL ALMIRANTE CATALAN.

1229.

EL ALMIRANTE GALCERAN.—I.

(Anónimo ¹.)

El infante Don Fernando ²
Estando sobre Almería,
El conde de Barcelona
Mucho le favorecía
Con sus sobrados tesoros
Y personas de valía.
Ya despues que los cristianos
Con esfuerzo y valentía
De los moros fué ganada
Almería, aqueña villa,
El conde de Barcelona,
Que Don Ramon se decía,
Dos caballeros halló
Ménos, de su compañía.
Don Galceran de Pinós
Era el uno, el cual regia
Por almirante, y el otro
Sanserin por nombre había.
Por la ausencia d'estos dos
Triste el Conde se volvía:
Padre de Don Galceran
A recibirlos salía;
Con él Doña Berenguela,
Muy triste, sin alegría,
Por no saber de su hijo
Si era muerto ó si vivía.
Suplicáronle supiese
Por cualquier manera ó vía,
Si Don Galceran estaba
Captivo, y librarse hía.
Condoliéndose el buen Conde,
Sus adalides envía.
Supieron cómo el rey moro
Captivado le tenía,
Y con él á Sanserin,
Y á rescate los daría.
Envío á saber el Conde
Cuánto de los dos pedía.

Por los dos respondió el moro
Que cien doncellas quería,
Cien mil doblas, cien caballos
Blancos, con freno y con silla;
Cien paños de oro, de mesa,
Franjados de seda fina;
También cien vacas bragadas,
Que sin esto no cumplía
Que le hablasen de rescate,
Porque ménos no lo haría.
Habiendo el padre y la madre
Tan cruel respuesta habida,
Por imposible el rescate
De su hijo se tenía,
Solo por las cien doncellas
Que gran lástima ponía.
Los vasallos conmovidos ³
De tan sobrada agonía,
Por la consulta que entre ellos
Determinándose había,
Fuéronse delante el padre:
El principal proponía,
Diciendo:— Señor, su pena
Sentimos mas que él sentía,
Y por el buen tratamiento
De su noble Señoría,
Un presente hoy le hacemos
Que ser mayor no podía.
Haber lo demas procure
Cuanto el rey moro pedía:
No tenga por imposible
Las doncellas, que este día
Están prestas, y en palabra
De todos las ofrecía;
Y será de aquesta suerte:
Que aquel que dos hijas cria
Dará una libremente,
Y el que cuatro, dos daría,
Y el que una, con el otro
Que una sola poseía,
Echará, por ver la suerte
En cuál de los dos cabía,
Solo porque se rescate
Vuestro bien, nuestra alegría.—
En ver tal ofrecimiento
Por los sus ojos vertía
Lágrimas el viejo honrado,
Y abrazándolos decía:
— Agradézcaos Dios, mis hijos,
Esta merced tan cumplida:
Id vos ya, que apercebido
Todo el rescate tenía.—
Dióles su jornada cierta
Que en Salón aguardaría
Las doncellas, porque el otro
Todo allí se recogía.
Acaeció en este intermedio
Qu'el Almirante yacía
En el suelo de una torre,
Sanserin en compañía.
Estando allí con grillos
Vinole la fantasía,
Que de San Estévan mártir
En Baga fiesta se hacía,
Abogado de su padre,
Y por ser su mismo día,
Empezó de reclamalle:
El Santo le aparecía.
Tomándole de la mano,
Ya que sacalle quería,
Rogó á Sanserin sacase:
San Estévan respondía,
Que reclamase á su santo,
Qu'él también le sacaría.
Esto oyendo Sanserin
Pusiérase en rogativa
Al glorioso San Dionisio,
Sacóle de do asistía
San Estévan á Pinós

ROMANCES REFERENTES A LA HISTORIA DE CATALUÑA.

1230.

EL ALMIRANTE GALCERAN.—II.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

A las costas de Almería
El catalan Almirante,
De sus despalmados leños
A pesar del libro sale.
El valiente Galceran,
De quien ya la fama sabe
Levantar glorioso vuelo
Que por tierra y mar esparce,
Nieto de uno de los nueve
Valerosos alemanes
Que á Cataluña bajaron
Del todo á immortalizarse,
Estampa en la arena el pié,
Da al viento los estandartes
Del príncipe Berenguer,
Por quien los mueve pujantes.
Vomitan caballos, gente,
Armas, pertrechos marciales,
Los entrañados bajeles,
Con providencia loable.
Forma escuadrones, embiste
Con pecho y valor constante,
Fijo cual robusta encina
En la silla firme, estable;
Acomete, rompe y hiere,
Pisa, magulla, deshace,
Atropella, descompono,
Resbala en lagos de sangre,
Montones de cuerpos brota
Por una y por otra parte
La mucha y ardiente arena
De los que su diestra abate.
Cual suelto pardo procede
Entre la turba arrogante
De codiciosos lebreles
Que le acosan y combaten.
No hay quien toque el desengaño,
Ni quien de atenderlo trate;
Que el varon va como presa
Cuando de su curso sale.
Siguen á su general
Los valientes catalanes,
Con loables y altas pruebas
De su valor admirable.
Desampara el campo el moro,
Y con escudos infames
Cubre sus medrosos hombros,
Sigue el varon el alcance,
Cebado y metido entre ellos
Con destrozo inevitable,
Cual suele irlandes hacer
En las levantadas aves;
Pero la inconstante diosa,
Que estar queda nunca sabe,
En la mitad de su curso
Dió un vaiven irreparable;
Porque de la fuerza y costas
Catorce banderas salen,
Que á Cernir, soldado experto,
Cautivan, y al Almirante.
Llévanlos al moro rey,
Que con esquivo semblante
No poco gozoso manda
Ponerlos en hierros graves.

(Romancero general.—II. LOBO LASO DE LA VEGA
Elogios en loor de los tres famosos varones, etc.)

1231.

EL ALMIRANTE GALCERAN.—III.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Cien doncellas pide el moro,
También cien vacas preñadas,

Con hierros, que era mancilla ⁴;
Y puestos en Tarragona
Ya qu'el sol esclarecía,
No sabiendo en qué lugar
Su ventura los traía,
Caminaban con sus grillos
Do mejor les convenía.
A poco trecho que fuéron
Sintieron gran vocería
De mujeres que lloraban:
Ellos por ver qué sería
Paráronse en el camino;
Y era el rescate que iba
De Tarragona á Salón,
Do embarcarse convenía.
Juntados, de ver el llanto
Que gran lástima ponía,
Preguntaron qué era aquello:
Una mujer respondía:
— Señor, este es el rescate
Que al rey moro se le envía
Por Galceran de Pinós,
Que en Granada residía.—
Dijo Galceran llorando:
— Detenéos por cortesía:
Yo soy ese, ved los grillos
Que por testigos traía,
Y también á Sanserin
Que su parte le cabía.—
Todos de oírlo lloraban
De muy sobrada alegría:
De tan excesivo gozo
El padre hablar no podía.
Volvieron á Tarragona;
Don Galceran proveía
Que las cien mil doblas diesen
Pues que Dios lo permitía,
Para dotar las doncellas,
Y á todas juntas vestía
De colorado y de verde,
Que era la seña y divisa
De la casa de Pinós
De Moncada, muy antigua.
Vinieron á Barcelona,
El clero los recibía,
El Conde los festejó,
Grandes dones repartía.
Entre los bailes de Baga
D'este milagro se hacía,
Y se hace cada año,
Fiesta en el tercero día
De agosto, justos contados,
En Barcelona la rica.

(TIMONEDA, *Rosa española*.—II. WOLF, *Rosa de romances*.)

¹ Este romance, reimpresso por el señor Wolf, y los dos que le siguen, que por cierto son mas poéticos, versan sobre uno de aquellos hechos históricos de que los monjes se apoderaban para componer una fábula religiosa. El hecho verdadero es que Ramon Berenguer IV, el Joven, conde de Barcelona, envió en auxilio de Alfonso VII, emperador de España, una escuadra, para que le ayudase á la conquista de Almería, que en efecto fué tomada de los moros, despues de haberles quitado á Córdoba, la cual por cierto volvió á su poder hasta que Fernando III, el Santo, la conquistó de nuevo. La dicha escuadra, compuesta de catalanes, pisanos y genoveses, iba al mando del almirante Galceran ó Dalmao de Pinós, el cual con Sanserin fué cautivado, y al fin libre ó por fuga ó por rescate.

² Hijo de Alfonso VII, y despues rey de Leon. Conquistó á Almería, en 17 de octubre de 1147.

³ Debe advertirse que en Cataluña el sistema feudal tenia mas hondas raíces que en Castilla y Leon, donde difícil fuera obtener de los vasallos el sacrificio de sus hijas vírgenes, para rescatar á un señor, lo cual prueba que la parte fabulosa del romance fué inventada por monjes catalanes.

⁴ Era entónces y despues muy comun el atribuir á milagro la fuga de los cautivos. En Guadalupe se enseñaban las cadenas de muchos libertados así por la Virgen, que despues las depositaban en su santuario. Pero lo que hay aquí de mas notable es el comedimiento de San Estévan en reservar á otro santo la libertad de Sanserin.

Y cien paños de oro fino,
Cien caballos de piel blanca,
Por el cautivo Almirante,
De cuyo rescate trata
Su padre Don Galceran
Con mano abundosa y franca;
Y aunque parece imposible,
Y en el moro poca gana
De rescatar tal varon
Por el mal que del aguarda,
El noble viejo asustado
Con ver la notable falta
Que en su cara patria hacia
Varon de tanta importancia,
Conferido con sus deudos
Y con la gente granada
De su insigne baronía,
Que se apreste y junte manda.
Pasaba el baron famoso
Su estrecha prision amarga,
Aunque entre alictas memorias,
Con gran cordura y constancia,
De nuestro antiguo adversario
Perseguido veces varias
Con mil vanas fantasías,
Y ciegas desconfianzas;
Mas él, que luego ocurría
Con sus continuas plegarias
A la parte do el consuelo
Los mas afligidos hallan,
Que por su antigua costumbre
Dos veces se levantaba
A la ferviente oracion
Antes de ver la mañana,
Puesto una noche de hinojos
Con fogoso pecho exclama
Entre las duras cadenas
Que manos y piés le agravan,
Al proto-mártir Estévan,
Amparador de sus causas,
Cuya devocion seguía,
Pidiéndole con instancia
Trate de su libertad
Con el que la dió á las almas,
Impidiendo aquel rescate
Que en ofensa de Dios tratan;
Que él quiere más padecer
Que no que los moros traigan
Aquellas virgenes bellas,
En que á Dios se desagrada;
Que cuando una sola fuera
Y no cantidad tan ampla,
Por tan grande inconveniente
La libertad rehusara;
Que era duro y mal acuerdo
Que aquella inocencia casta
Se mezclase con los moros
Por su miserable causa.
Y estando el santo varon
En confusion tan extraña,
Con lágrimas abundantes
Que al contrito pecho hajan,
En el terror de la noche,
La ciega prision se baña
De un celeste resplandor

Y conhortada fragancia;
Baja el Proto-mártir Santo
Y los lazos le desata,
Consolando su afliccion
Con su presencia y palabras.
Visto Cerní, el compañero,
La misteriosa hazaña,
Ruega al de Pinós consigo
Le lleve á su dulce patria.
—No está en mi mano, responde;
Mas si algun tu santo llamas
Que lo suplique al Señor,
Libertad tendrás sin falta.—
Ofrecióse á San Gines,
Y de la prision lo sacan,
Llevándolos ambos santos
A pié enjuto por las aguas,
Y con grande admiracion
De la gente catalana,
Puerto les dan en Tolon
Cuando el rescate embarcaban.

(Romancero general.—It. LOBO LASO DE LA VEGA,
Elogios en loor de los tres famosos varones, etc.)

1252.

EL REY RAMIRO Y SUS ADALIDES.

(Anónimo 1.)

Ya se asienta el rey Ramiro,
Ya se asienta á sus yantares;
Los tres de sus adalides
Se le pararon delante:
Al uno llaman Armiño,
Al otro llaman Galvane,
Al otro Tello, lucero
Que los adalides trae.
—Manténgaos Dios, señor.
—Adalides, bien vengades:
¿Pues qué nuevas me traedes
Del campo de Palomares?
—Buenas las traemos, señor,
Pues que venimos acá:
Siete dias anduvimos,
Que nunca comimos pan,
Ni los caballos cebada,
De lo que nos pesa mas;
Ni entrámos en poblado,
Ni vimos con quien hablar
Sino siete cazadores
Que andaban á cazar.
Que nos pesó ó que nos plugo,
Hubimos de pelear:
Los cuatro d'ellos matamos,
Los tres traemos acá,
Y si lo creéis, buen Rey,
Si no, ello lo dirá.—

(Cancionero de romances.)

1 No sabemos á qué rey Ramiro de Aragon pertenece la época de este romance, el cual parece que es solo fragmento de alguno que se ha perdido; pero de todos modos es acaso uno de los mas célebres y populares y que mas han servido para glosas, y para temas de otros muchos que lo han mudado ó contrahecho.

SECCION DE ROMANCES DE TRADICIONES ESPAÑOLAS, CUYA COLOCACION ES INCIERTA Ó DUDOSA.

1253.

NOBLE RESOLUCION Y ESTRATAGEMA DE DON GARCÍA, CON LA CUAL CONSIGUE QUE LOS MOROS LEVANTEN EL CERCO DEL CASTILLO DE UREÑA.

(Anónimo 1.)

A tal anda Don García
Por un adarve adelante,
Saetas de oro en la mano,
En la otra un arco trae.
Maldiciendo á la fortuna
Grandes querellas le dae:
—Críome el Rey de pequeño,
Hízome Dios barragane;
Dióme armas y caballo,
Por do todo hombre mas vale,
Diérame á Doña María
Por mujer y por iguala,
Diérame á cien doncellas
Para á ella acompañare,
Dióme el castillo de Ureña
Para con ella casare;
Diérame cien caballeros
Para el castillo guardare,
Basteciómelo de vino,
Basteciómelo de pane,
Basteciólo de agua dulce
Qu'en el castillo no la haye.
Cercáronme los moros
La mañana de San Juane:
Siete años van pasados
El cerco no quieren quitare,
Veo morir á los míos,
No teniendo que les dare,
Póngolos por las almenas
Armados como se estane,
Porque pensasen los moros
Que podrían pelear:
En el castillo de Ureña
No hay sino un solo ¡ane,
Y si le doy á mis hijos,

La mi mujer ¿qué harae?
Si lo como yo, mezquino,
Los míos se quejarane.—
Hizo el pan cuatro pedazos
Y arrojólos al reale:
El un pedazo de aquellos
A los piés del Rey fué á dare.
—Alá, pese á mis moros,
A Alá le quiera pesare,
De las sobras del castillo
Nos bastecen el reale.—
Manda tocar los clarines
Y su cerco luego alzare.

(Cancionero de romances.—It. Cancionero, Flor de enamorados.)

1 La estratagema de Don García, y su resultado, es un asunto tratado en muchas poesias y novelas de diversas épocas y países, y atribuida á diferentes sugetos. No he podido averiguar el tiempo á que el héroe del romance y su hazaña corresponden: sin embargo, en la historia de Portugal hay un hecho muy parecido al del romance. Cuéntase que el rey Don Sancho Capelo desposeido de la autoridad real por el cetro y el Papa, y nombrado para regente del reino su hermano Don Alonso, conde de Bolonia, por Matilde su mujer, se acogió á Castilla, por no sufrir tal mengua. Conservaba en Portugal el dicho rey muchos leales, á quienes por fuerza Don Alfonso tenia que despojar de las plazas fuertes que ocupaban á nombre del monarca legítimo. Uno de estos nobles vasallos fué Fernando Ruiz Pacheco, el cual defendia con teson y enérgicamente el castillo de Celorico, sitiado por Don Alfonso. Falto de bastimento, pero resuelto á perecer de hambre antes que rendirse, se paseaba afligido por los adarves de la fortaleza, cuando un halcon que por los aires venia dejó caer á sus piés una grande, fresca y hermosa trucha. Creyó ver en esto un milagro, y comenzó á discurrir los medios mas á propósito de aprovecharse de la trucha, como recurso de salvacion. Hizo pues condimentar el pescado, que con un pan remitió como presente ó regalo al obstinado sitiador, el cual, ignorando la procedencia del regalo, y viendo que despues de tan largo sitio se conservaban aun en el castillo bastimentos hasta de lujo, creyó que la fortaleza estaba aun bien abastecida y que le resistiría mucho tiempo: así es que prefirió descercarla á consumir sus fuerzas en una empresa que tan difícil y larga se le aparecía.

SECCION DE ROMANCES CONCERNIENTES Á HISTORIAS DE PUEBLOS DIVERSOS DE LOS DE ESPAÑA.

HISTORIA DE PORTUGAL.

ROMANCE DEL CONDE ALFONSO ENRIQUEZ.

1254.

EL CONDE ALFONSO ENRIQUEZ LIBRA Á LISBOA DEL PODER DE LOS MOROS.

(Anónimo.)

Quando el conde Alfonso Enriquez,
Primer rey de Portugal,
Hijo del conde Borbon,
De Borgoña natural,
Despues que en campo de Ouzique
A muy duro pelear
Venció siete reyes moros

Y los trujo á su mandar,
Y despues que por sus hechos
Le vino Dios á premiar
Dándole sus cinco llagas
Por armas y por señal;
Ya que ganó á Santaren
Con mucha guerra y afan,
Y puso á Lisboa cerco
Por la tierra y por la mar,
Salió de dentro el Rey d'ella,
Llamado Venalmazar:
Pide al Conde franca entrada,
El cual se la mandó dar.
—Habrás de saber, le dice,
Que há que tengo en heredad
A la ciudad de Lisboa
Treinta y siete años y mas;
Mi padre cuarenta y tres
En quieta y segura paz;